

LOS CACICAZGOS EN AMERICA

Editado por Robert D. Drennan y Carlos A. Uribe

Este libro, publicado por University Press of América, Inc. (1987), contiene las ponencias presentadas en el simposio LA INVESTIGACION ARQUEOLOGICA Y LOS CACICAZGOS EN AMERICA, del 45 Congreso Internacional de Americanistas, realizado en la Universidad de los Andes, en la ciudad de Bogotá, Colombia (julio de 1985).

Los organizadores de este simposio, Robert Drennan y Carlos A. Uribe, hacen la introducción del libro y la presentación de los contenidos de las diferentes partes del mismo, que están conformadas por las ponencias que han sido agrupadas geográficamente de acuerdo a la región arqueológica que tratan sus autores (Norte, Centro y Sur de América), y la parte final que agrupa las ponencias con consideraciones teóricas sobre los cacicazgos.

La primera parte está dedicada a las ponencias de América del Norte. James W. Hatch, trata sobre la utilidad del concepto de cacicazgos para explicar el desarrollo de las sociedades que produjeron la cultura Dallas de Tennessee. Christopher S. Peebles, presenta el caso de Moundville, centro de la tradición Mississippi, analizando su desarrollo y su ocaso; y Kent G. Lighfoot plantea una discusión sobre los cacicazgos del suroeste de los Estados Unidos.

La segunda parte contiene las cinco ponencias presentadas sobre cacicazgos de América Central. Mary W. Helms enfatiza los aspectos relacionados con el comercio y la utilización de la madera negra que se destinó a la talla de objetos rituales, como bienes para élites cacicales, cuyo centro fue las Antillas Mayores y el noreste de Venezuela. George Hasemann, expone los resultados obtenidos en un reconocimiento sistemático en la región de El Cajón (Honduras); Michael J. Snarskis muestra la presencia de cacicazgos en algunos periodos prehispánicos de Costa Rica, y Patricia Hansell, los resultados de sus excavaciones en el sitio La Mula-Sarigua (Panamá), que le permiten hablar de diferencias de status.

El mayor conjunto de ponencias corresponde a América del Sur. La primera fue presentada por Anna C. Roosevelt, donde propone la existencia de cacicazgos en la várzea, para comunidades de la Orinoquia y la Amazonia, en tiempos precolombinos. Sobre los Andes venezolanos los investigadores María Toledo y Luis Molina, y Mario Sanoja en compañía de Irida Vargas, hacen respectivas ponencias bajo una perspectiva marxista de la historia. Los dos últimos investigadores, a partir del concepto de formación social tribal proponen dos novedosos "modos de vida, el cacical y el aldeano".

Sobre regiones arqueológicas de Colombia hay tres ponencias. Augusto Oyuela hace interesante síntesis sobre los procesos prehispánicos de la Sierra Nevada de Santa Marta, destacando la variabilidad de los desarrollos culturales, que contrasta con el manejo tradicional de "cultura Tairona".

Carlos Castaño, a través de las evidencias arqueológicas (viviendas y tumbas), señala la estratificación social de cacicazgos en transición a la organización estatal, y en la segunda parte de su ponencia retoma los resultados arqueológicos del río La Miel, para indicar la transición de la organización tribal a los cacicazgos.

Los antropólogos Roberto Lleras y Carl Langebaeck dan una visión de conjunto de los Andes orientales de Colombia y su prolongación venezolana (Serranía de Mérida), sobre las formas de producción agrícola y las pautas de poblamiento de grupos de habla chibcha.

Joanne Rappaport, utilizando fuentes etnohistóricas, escribe sobre el cacicazgo Paez, de la región de Tierradentro (Colombia), en el siglo XVI. Jorge Hidalgo presenta la situación histórica de los cacicazgos de la región andina norte de Chile, tanto en el periodo prehispánico como en el colonial.

La parte IV, dedicada a las reflexiones teóricas, está conformada por cuatro ponencias que

contienen diferentes puntos de vista, a favor o en contra del concepto de los cacicazgos.

James A. Zeidler rechaza el modelo evolucionista-difusionista cultural y propone un reconocimiento arqueológico de las fuerzas materiales de producción, y de las relaciones sociales de producción. A diferencia de este investigador, Steadman Uphman enfatiza el modelo ecológico-evolucionista, destacando la variabilidad de los cacicazgos para entender los procesos generales del cambio social; considera de poca utilidad el uso del concepto de cacicazgo. Por eso, concentra su atención en distinguir la tribu del cacicazgo, prefiriendo hablar de "sociedades de rango medio" en lugar de este último modelo.

Charles S. Spencer sí encuentra útil el concepto de cacicazgo frente a su diferenciación con los estados. Por último, Robert Drennan retoma la discusión que ha planteado la relación directa entre la demografía y la complejidad social, proponiendo el estudio de los cambios demográficos a largo plazo, para comprender los cambios sociales. Este autor cuestiona la utilidad del concepto de cacicazgo y del modelo evolutivo, y considera más válido conocer la variabilidad entre los llamados cacicazgos para entender los cambios socio-culturales.

Las ponencias recogidas en este libro, reflejan en buena medida, el cambio que ha generado en las últimas décadas la aplicación de modelos teóricos como el de cacicazgo. Los ponentes muestran diversas actitudes metodológicas, ya sea interpretando sociedades cacicales a partir de yacimientos arqueológicos (sitios de vivienda, tumbas, objetos de rango), o haciendo propuestas más conceptuales.

Aunque no todas las ponencias tienen el mismo nivel analítico, sí son un indicador del cambio conceptual de la investigación arqueológica americana, que va más allá de la descripción detallada de los sitios arqueológicos o de las sociedades indígenas en contextos coloniales, logrando el objetivo propuesto por los coordinadores del simposio: "suministrar un foro en donde unos estudiosos que tienen una amplia variedad de mensajes diferentes, pudieran reunirse para presentarlos y discutirlos con colegas que trabajan en distintos medios intelectuales, sobre los cacicazgos de regiones geográficas diversas de las Américas".

Por último, es necesario destacar que los antropólogos Drennan y Uribe en la introducción del libro, además de exponer los criterios del simposio hacen algunas consideraciones sobre el tema de los cacicazgos, teniendo en cuenta los contenidos de las ponencias, de manera general.

Los dos investigadores anteriores son explícitos al afirmar que "debemos dejar sentado muy claro que no le encontramos mayor utilidad", al uso del concepto de cacicazgo; y al señalar la gran variedad de definiciones de esta clase de sociedad, dicen: "la simple clasificación de todas estas sociedades como cacicazgos nos ofrece muy pocas luces". No están de acuerdo con el manejo evolucionista de las etapas de bandas, tribus, cacicazgos y estados, porque "no brindan mucho conocimiento sobre los procesos que produjeron la impresionante variedad en la clase cacicazgo".

Sus críticas a la explicación arqueológica del concepto de cacicazgo las sustentan también señalando las limitaciones en que se encuentra en la actualidad. Para ellos es nulo un potencial de nuevos estudios etnográficos en tanto que los cacicazgos desaparecieron con los procesos coloniales europeos, quedando solo "los retazos y fragmentos", para ser estudiados por la Etnografía. Tampoco ven la posibilidad de "que reparar una y otra vez los estudios de que se dispone, vaya a producir ideas frescas de importancia".

De los estudios etnohistóricos de los cacicazgos destacan las limitaciones que conlleva el uso de fuentes escritas por los colonizadores, en un momento de cataclismo para estas sociedades aborígenes, que no permite ver "los procesos de cambio, ni el desarrollo inicial de los cacicazgos". A diferencia de lo dicho para la Etnografía, consideran que la Etnohistoria sí tiene mucho material para estudiar.

Estas anotaciones críticas llevan a los autores a concluir que "El registro arqueológico es la única fuente de información sobre sociedades con la profundidad temporal requerida".

A primera vista, las críticas que hacen Drennan y Uribe parecen acabar con la alternativa teórica y metodológica que ha generado la utilización de los modelos sobre sociedades cacicales. Pero, como lo señalan las ponencias, por el hecho de que no haya una sola alternativa sino una gran variedad de conceptos sobre los cacicaz-

gos, esto no quiere decir que tal posición arqueológica esté terminada o pierda su vigencia científica.

Son acertadas las críticas a los modelos evolucionistas y difusionistas y es importante tomar conciencia de las limitaciones de los estudios etnográficos y etnohistóricos, pero no son argumento suficiente para justificar que la posición teórica y metodológica que ha significado la investigación de los cacicazgos no tenga mayor utilidad, a no ser que se postule que los modelos cacicales que han tratado de definir etnólogos y etnohistoriadores correspondan directamente a los procesos históricos prehispánicos. No hay que olvidarse que los modelos sociales son abstracciones de realidades históricas concretas, que de ninguna manera son iguales a las realidades particulares que el arqueólogo investiga. Los modelos sociales son abstracciones que sirven para elaborar hipótesis de trabajo que orienten a largo plazo la investigación, evitando de esta manera caer en posiciones empiristas.

Por eso, no se puede esperar que haya un solo modelo sobre los cacicazgos prehispánicos americanos, sino que como lo indica la investigación arqueológica, hay diferentes desarrollos sociales históricos en las regiones de América.

Los modelos cacicales identificados por la Etnología y la Etnohistoria han permitido el surgimiento de estrategias metodológicas que no necesariamente caen en actitudes evolucionistas y difusionistas. La reflexión teórica etnográfica y etnohistórica no se puede dar por terminada por los obstáculos que Drennan y Uribe presentan, porque aceptar esto implica tomar una posición positivista, en tanto se presupone que los modelos de cacicazgos identificados en sociedades indígenas modernas o en tiempos coloniales tienen que corresponder directamente a las sociedades precolumbinas.

El registro arqueológico, entendido como el cuerpo de datos empíricos que el investigador identifica en el terreno y el laboratorio, solamente adquiere el nivel de la interpretación científica en la medida en que se orienta a partir de modelos sociales y de planteamientos teóricos que permitan una aproximación a los procesos históricos que se investigan.

Son novedosos los cálculos demográficos propuestos por investigadores como Robert D.

Drennan, para regiones arqueológicas como el valle del río La Plata, en Colombia. No cuestionando la validez de la fórmula estadística que permite hacer estos cálculos, se puede decir que estos están relacionados con la complejidad social, en largas secuencias temporales. Pero lo importante no es el dato cuantitativo demográfico, sino la manera como se conceptualiza la demografía como fuerza de cambio social, o sea, cómo interactúa la presión demográfica con las formas de producción económica y con las organizaciones sociales y políticas en los procesos prehispánicos.

Son varias las respuestas y de diferente orden social las consecuencias que trae un incremento en la densidad demográfica. La complejidad de este fenómeno no se resuelve de forma maniquea, como lo piensan ciertos investigadores, anotando que el crecimiento demográfico trae como consecuencia una mayor complejidad social, o por el contrario afirmando que los cambios demográficos son el resultado de cambios sociales. Los cambios demográficos están inscritos en procesos sociales particulares que generan una peculiar dinámica histórica, difícil de conocer en los procesos prehispánicos a partir de datos cuantitativos aislados.

Como se aprecia, las ponencias publicadas en este libro sobre los cacicazgos en América colocan al día diferentes posiciones teóricas que se han planteado alrededor de esta temática. Su lectura deja apreciar la validez de éstas y lleva a la reflexión crítica de las mismas, lo cual indica que es una problemática que ofrece una saludable apertura científica, cuyos resultados empiezan a obtenerse. La discusión alrededor de los cacicazgos está replanteando la investigación arqueológica alrededor de ciertos periodos y está permitiendo el encuentro de nuevas metodologías, a pesar de todas las dificultades y vacíos que conlleva el tomar posiciones deductivas. En los cacicazgos se renueva el sentido interdisciplinario de la arqueología en relación con la Etnología y la Historia, corriendo el riesgo, claro está, de tomar posiciones simplistas donde el concepto de cacicazgo se aplique mecánicamente sin una rigurosidad científica, convirtiéndolo en una moda más.

HECTOR LLANOS VARGAS
Profesor Universidad Nacional de Colombia